

EXTRACTOS DEL NUMERO 3

Contemplación: El camino esotérico cristiano

por Willigis Jäger, OSB
Traducido por Carmen Monske

I. DEFINICIÓN

Aparte de la pedagogía, de los rituales y de la liturgia, o sea de los elementos exotéricos, cada religión dispone de un camino de acceso a la experiencia, el camino esotérico. Contemplación es el término utilizado a lo largo de toda la Edad Media para designar ese camino de oración que lleva a la experiencia de lo divino.

La pedagogía cristiana distingue tres etapas diferentes:

1ª) la oración vocal: *oratio*, 2ª) la oración meditativa: *meditatio*, 3ª) la oración contemplativa: *contemplatio*.

La 3ª forma se enseñó hasta bien entrada la alta Edad Media y en este artículo quisiera aclarar esto, basándome en los grandes místicos de Occidente, aunque no me sea posible referirme a todos ellos: Casiano, Evagrio Ponticus, Dionisio, la Filocalía, Buenaventura, Eckhart, Hugo de San Víctor, el autor de *La Nube del no-saber* y Juan de la Cruz. Hablarán ellos mismos. Para más de un lector resultará sorprendente encontrar en sus instrucciones sobre la oración contemplativa un gran parecido con las formas esotéricas orientales, como por ejemplo el vipassana, el zen y el yoga. No mencionaremos a Ignacio de Loyola, porque abandonó la tradición, ya que incluyó en la contemplación una forma de oración que se sirve de la imaginación, que pertenece a la meditación, pero no a la contemplación.

Desgraciadamente, hoy ya no se utilizan los términos de meditación y contemplación en sus significados originales. La *meditación*, según la definición tradicional clásica, se dirige a la capacidad sensitiva de la persona, es decir a los sentidos, sentimientos y el entendimiento. Se ocupa de los contenidos de la consciencia, tales como las imágenes, palabras y metáforas, con lo cual se activan las potencias del alma. Quien se encamina a la *contemplación*, debe abandonar la meditación durante este ejercicio. Juan de la Cruz escribe a este respecto: “*Por tanto, en toda sazón y tiempo, ya que el alma ha comenzado a entrar en este sencillo y ocioso estado de contemplación, que acaece cuando ya no puede meditar ni acierta a hacerlo, no ha de querer traer delante de sí meditaciones ni arrimarse a jugos ni sabores espirituales*”. (Ll III, 36). Se da por supuesto la práctica intensiva de las dos primeras formas de oración antes de aventurarse al camino de la contemplación.

La contemplación será solamente factible si el entendimiento, la memoria y la voluntad están sosegados. Todas las potencias del alma quedan pasivas en ella. Algo le sucede a la persona en oración. Ningún contenido será aceptado, se dejarán atrás hasta las imágenes religiosas, las visiones, los discursos y los pensamientos devotos. Contemplación es un puro mirar. Se trata del despertar al Ser divino auténtico. En el

sentido original de la palabra, *contemplación* equivale a las formas orientales del zen, del vipassana y algunas modalidades del yoga, y en el ámbito cristiano se debería volver a utilizarla con este contenido clásico.

La espiritualidad catafática y apofática

La pedagogía cristiana conoce, además, otra clasificación de la oración, para la cual ha acuñado los términos *apofático* y *catafático* (*apo* = separado de; *kata* = hacia abajo; *phates* = discurso, palabra). La espiritualidad catafática trabaja con contenidos de la consciencia, es decir con imágenes, símbolos, ideas y conceptos. Se orienta por los contenidos y parte de la convicción de que la persona necesita imágenes y conceptos para acercarse a Dios. La espiritualidad *apofática* equivale a la contemplación. Se orienta hacia la consciencia pura y vacía, para que pueda manifestarse lo divino. Los contenidos se consideran como impedimentos. Mientras que la consciencia quede enganchada en imágenes o conceptos, no habrá alcanzado el nivel en que se da la experiencia verdadera de Dios. Las imágenes y los contenidos más bien oscurecen lo divino en vez de desvelarlo.

La mayoría de los cristianos, y sin duda también la mayoría de las personas que pertenecen a otras religiones, van por el camino catafático, o sea por el de las imágenes, ideas y palabras. Por esa razón, la espiritualidad catafática desempeña un papel más importante en todas las religiones. Pero cuanto más se vaya adentrando una religión en el ámbito místico, tanto más se vuelve apofática, es decir que abandonará las imágenes, ideas y conceptos porque, a partir de un determinado momento, éstos ocultan más bien a Dios. Así que, por una parte, la religión necesita imágenes y palabras porque sin ellas la fe no puede comunicarse, mientras que, por otra es muy peligroso conceder demasiada importancia a imágenes y palabras.

II. ¿QUIÉNES ESTÁN LLAMADOS A LA CONTEMPLACIÓN?

En los últimos siglos se tenía la convicción de que solamente *personas especialmente agraciadas* podrían tener experiencias místicas y, hasta hace muy poco, incluso en los conventos se autorizaba la lectura de los libros de Juan de la Cruz y de Eckhart únicamente con permisos especiales. Así me lo han confirmado hermanas religiosas en repetidas ocasiones, a pesar de que los místicos mismos recomiendan esta forma de oración a todo el mundo, especialmente a los religiosos y religiosas. Madame Guyon escribe, por ejemplo: “*Todos son aptos para la oración interior. Es una desgracia muy grande que casi todo el mundo cree no estar llamado a la oración interior. Todos estamos llamados a ella, del mismo modo que todos estamos llamados a la salvación*”.

Juan de la Cruz escribe en la Introducción de su libro *Subida del Monte Carmelo*: “*Trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión. Da avisos y doctrina así a los principiantes como a los aprovechados*”. Está convencido de que todas las personas disponen de las condiciones necesarias: ... “*porque esta luz (de la contemplación) nunca falta en el alma, pero por las formas y velos de criatura con que el alma está velada y embarazada no se le infunde*”. (Subida II, 15,4)

Para Luis Blosius, místico del siglo XIV de Francia, el estado de la contemplación es lo más natural. Escribe: *“Si dices que esa perfección es demasiado alta para mí ..., te diré: no eres monje, en absoluto”*.

Falta saber por qué la contemplación y el camino hacia ella no gozan de más popularidad entre los sacerdotes, directores espirituales y confesores cristianos. Resulta sorprendente que entre las publicaciones con motivo del 450 aniversario del nacimiento de Juan de la Cruz (1542 – 1992) no aparezca ninguna referente a la práctica de su camino contemplativo. Muchas personas hoy en día se vuelven hacia los caminos esotéricos de Oriente, porque en el cristianismo no encuentran ningunas directrices. Hay quienes se han alejado de la iglesia, incorporándose a grupos esotéricos que van por libre. Desde luego, existen mucho más personas místicas de lo que se imagina la institución eclesiástica.

Descorrer el velo en la tradición sufí

por Faouzi Skali

Desmitificar la meditación es también y sobre todo, desde una perspectiva teocéntrica, acercarla a su misterio fundador, el de una presencia o realidad trascendente, el de un secreto espiritual que se sitúa en el origen de toda iniciación, que es la fuente espiritual a partir de la cual la experiencia interior se hace posible... La fascinación de las palabras cede ante la fascinación de las realidades espirituales que se revelan a lo largo de un recorrido en el cual el discípulo aprende a leer los indicios o las etapas de su viaje hacia Dios o hacia la realidad (*All Haqq*), que es uno de sus “Nombres”.

El sufismo está inserto en una de las tres grandes tradiciones abrahámicas, el Islam, y al igual que cada una de ellas, surge de un acto de fe. Pero al estar inserto en esta tradición es, sobre todo, una vía de conocimiento, de transformación interior. Los sufíes dicen que la situación de aquel que se aventura en esta vía es semejante a la del hombre que no habiendo oído hablar del fuego, no lo ha visto jamás. Este hombre puede en algún momento ponerse en marcha y llegar hasta el lugar donde ha oído decir que había fuego. Cuando al fin lo contempla, la realidad para él va de la creencia a la contemplación. La tercera etapa consistiría en conocer el fuego consumiéndose en él. Es así como los sufíes meditan la fórmula: “No hay otra realidad sino la realidad”. Esta fórmula está constituida por una negación, o mejor dicho por una superación. “Ninguna realidad” seguida cada vez más de una realidad más grande, más real, más sutil: “sino Dios”. Desde los inicios, encontraremos en la base del sufismo la síntesis entre la fe y su superación, entre Trascendencia (Dios siempre está aquí) e Inmanencia (la experiencia de la realidad divina en nosotros), de la consciencia divina, que adquiere mayor realidad.

Así pues esta ley de complementariedad es una característica de esta vía. Complementariedad del dueño exterior y del dueño interior, del Amor y del Conocimiento.

La vía súfica es ante todo un camino de orientación interior que consiste en no tener otro objetivo que el de estar conforme con la realidad en sí (el vocablo realidad o verdad (*All Haqq*) es según el Corán uno de los atributos divinos). Esta orientación interior se sitúa inicialmente en el pensamiento antes de que paulatinamente se convierta en un estado de ser, una realidad vivida de una forma espontánea y natural. Aunque sea mi propósito hablar del aspecto interior de la meditación sufí y de los peligros y dificultades que entraña, si no se realiza correctamente, quisiera aclarar que sin esta idea fundamental que es la de hacer las cosas “por Dios”, es decir sin ninguna idea de provecho o de adquisición de poderes supranormales o incluso de experiencias espirituales, la meditación tendría una falsa orientación.

El interior (Al Batin) y el exterior (Al Zalsir)

Aunque la idea principal de la meditación de las fórmulas de invocación divina (*Dhikr*) es que ésta tiene su principio en un punto trascendente llamado *sirr* o secreto

espiritual, “lugar” de donde emana la luz o influjo divinos que son los auténticos “alimentos” de la meditación, colocándola más allá de un simple juego del pensamiento, el proceso de la realización espiritual en su conjunto se apoya igualmente en una “forma” que por otra parte está enraizada en el orden espiritual ya que procede de una revelación.

“Esta” o “estas” formas se perciben en los ritmos del ayuno, en la peregrinación e incluso más, en los movimientos de la oración (en árabe *As Salat*, palabra que igualmente evoca la unión, el contacto *silah* con la presencia divina, pero al mismo tiempo con el mundo exterior). El profeta del Islam ha enseñado a sus compañeros los diferentes gestos y palabras que constituyen cada momento de los cinco rezos cotidianos. Después de haber recibido esta enseñanza “en acto” de un Arcángel, lo cual indica que los “movimientos” de la oración, aunque corporales, son esencialmente de una realidad espiritual. A través de los gestos hieráticos de la oración, el alma se une al cuerpo, se eleva en cada palabra dicha (texto del Corán) o en la ejecución de cada gesto. El sentido espiritual latente en la oración surge de esta presencia interior. La prosternación, por ejemplo, puede revelarse en la experiencia interior que la acompaña, como la expresión del *fana*, de la anulación o extinción del “yo” en la presencia divina.

A este acto le sigue el *baqa*, el momento de la incorporación, mediante el cual se indica la subsistencia del “yo”, no por sí mismo, sino por esa presencia de la cual ya ha comprendido que es su principio de ser verdadero. Lo importante es que el estado de consciencia adquirido en la meditación, se transfiere en los actos de la oración, vive en ella, para que puedan desvelarse sus múltiples sentidos. Ya en la “forma”, el ritmo de la oración está regido por los astros, dice el Corán. Como todo lo nacido, en una dimensión cósmica, la oración es pues el “cuerpo” de la meditación. Es tanto la sacralización del tiempo cósmico como la del tiempo vivido. También por la disciplina se impone una forma de “tener los pies en la tierra”, de seguir los preceptos de la *shariah* (ley religiosa), de continuar por la invocación divina (*Dhikr*) y elevarse interiormente hacia la realidad divina, conservando siempre una relación justa con el mundo exterior, el de la naturaleza y el de los hombres.

Las condiciones externas

Quisiera llamar la atención sobre las condiciones externas de la meditación sufí. Sólo un auténtico maestro puede con su enseñanza, que como ya veremos tiene un aspecto verbal muy secundario, hacer surgir en el discípulo esta *himma* o energía espiritual que le conduce a liberarse de todas sus realizaciones internas y que percibe como velos o “ídolos” que le separan de la realidad divina.

Efectivamente, para el discípulo, toda consciencia superior puede aparecer como el objetivo a alcanzar. Existe pues el peligro, del cual a menudo hemos tratado, de quedarse en el camino, y lo que es aun peor, de creer que ya se ha alcanzado el objetivo. Sin embargo, estas experiencias pueden sobrepasar todo lo imaginable cuando aún nos encontramos en los límites de nuestras percepciones habituales. La experiencia demuestra que la práctica del *Dhikr* puede ser peligrosa ya que éste tiene por efecto despertar fuerzas espirituales incapaces de ser controladas. Las indicaciones del maestro son indispensables.

La meditación

Tratemos ahora de la meditación en sí. La meditación (el *fikr*) puede presentarse bajo dos aspectos complementarios. El primero nace de la fe y es esa actitud religiosa específica que consiste en considerar todas las manifestaciones del mundo sensible como otros tantos signos (*ayat*) de la presencia invisible del Ser divino. En este sentido los sufíes dicen que toda cosa creada lleva necesariamente el sello de su creador. Para esta forma de meditación, el mundo es un lenguaje divino que ésta trata de leer y de descifrar. El segundo tipo de meditación es la interior. De ella se puede decir que es el principio y origen de la primera. Sintetizándolas el Corán dice: *“Hay en la tierra señales para quienes están dotados de certeza y en vosotros mismos, si solamente pudierais verlos”*.